

## Portales de música. Una etnografía del puerto de Veracruz\*

En el tránsito de más de cuatro siglos, Veracruz (la ciudad, el puerto, su gente e impronta cultural) se ha figurado en múltiples y variados espejos. Una gama formidable de imágenes y presencias son el resultado de esas ópticas que remiten a la plástica, la música, la narrativa, el ensayo, la poesía y la cinematografía. Sin duda (y en disenso con una de las tesis sustentadas en la reveladora obra reseñada esquemáticamente en estas páginas), me atrevo a decir que en esta tierra están presentes los sortilegios, códigos fantásticos, metamorfosis y simbiosis de lo real maravilloso americano, noción que, como sabemos, refiere a la “ampliación de escalas de la realidad”, atendiendo a la observación de Alejo Carpentier.

El actual asentamiento de Veracruz se remonta al inicio del siglo XVII, cuando se ubicaba frente al islote de San Juan de Ulúa. Titulada por Felipe III en 1615,<sup>1</sup> era entonces una población colonial: “Ciudad de Tablas de

los jarochos”, le llama Francisco del Paso y Troncoso en memorable apunte histórico publicado en 1895. La habitaban “vecinos españoles”, mestizos y “más de seiscientos negros” que alternaban la estiba en el muelle con la milicia. Andaluces, vascos, catalanes y lusitanos controlaban el intercambio comercial con ultramar (unido umbilicalmente a Sevilla y Cádiz), que sería el pivote del naciente mercado interno regional. Desde su asiento de la ciudad de México, en 1604, Bernardo de Balbuena escribiría un apunte poético de este tráfico en su obra toral *Grandeza Mexicana*:<sup>2</sup>

Entra una flota y otra se despide,  
de regales cargada la que viene,  
la que se va del precio que los mide:  
su sordo ruido y tráfigo entretiene,  
al contratar y aquel bullirse todo,  
que nadie un punto de sosiego tiene.

<sup>2</sup> Para leer una síntesis de estas noticias, consúltese el ensayo de Alvaro Alcántara López, “Negros y afroestizos del puerto de Veracruz. Impresiones de lo popular durante los siglos XVII y XVIII”, en Bernardo García Díaz y Sergio Guerra Vilaboy (coords.), *La Habana/Veracruz, Veracruz/La Habana. Las dos orillas*, Universidad Veracruzana/Universidad de la Habana, México, 2002. También Francisco del Paso y Troncoso, *La Ciudad de Tablas*, col. Cuadernos de la Vera Cruz, IVEC, Xalapa, 1999.

\* Juan Antonio Flores Martos, *Portales de música. Una etnografía del puerto de Veracruz*, col. Biblioteca, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2004, 813 pp.

<sup>1</sup> Alejo Carpentier, *De lo real maravilloso americano*, UNAM, México, 2003, p. 38 y ss.

Vale la pena adentrarse en la imagen literaria de Balbuena mientras se observa con detenimiento los abordajes plásticos de Adrián Boot (1615), Cardona (1623) o la perspectiva de Veracruz y Ulúa (1625) pintada acaso por un autor nórdico desconocido, que conserva la Biblioteca Nacional de Francia.<sup>3</sup>

En este complejo contexto de senderos y acontecimientos históricos articulados a las vigorosas dinámicas del imaginario colectivo, tiene que leerse el estudio de Juan Antonio Flores Martos, quien con aguda mirada etnográfica describe “una cultura urbana local con fuertes influencias y regularidades provenientes de su tradición hispana y occidental”, sin semejanza (en cuanto a “morfología cultural o especificidad social”) en el conjunto de ciudades mexicanas (p. 46). Debo subrayar que esta investigación singular inaugura las pesquisas antropológicas en el puerto de Veracruz, que ciertamente se hallaba “fuera del mapa” de la antropología mexicana. De esta manera, el autor abona en favor del bando de los que piensan con razón que “el temario veracruzano es infinito”.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Véase Alejandro Antuñano Maurer *et al.*, *Veracruz. Primer puerto del Continente*, ICA/Fundación Miguel Alemán, México, 1996, en especial el ensayo de Antuñano Maurer, p. 15 y ss.

<sup>4</sup> Guillermo Tovar de Teresa, “Prólogo” a Antuñano Maurer *et al.*, *op. cit.*, p. 9.

Flores Martos identifica a Veracruz como parte de la “geografía furtiva y errática del Caribe”, después de revisar las aproximaciones conceptuales que en torno a este complejo espacio sociocultural formularan Coll, García de León, Moya Pons, Mintz y Benítez Rojo.

Su apreciación tiene utilidad analítica si consideramos (con Roberto Fernández Retamar) que a partir de la encrucijada histórica que marca el llamado descubrimiento de América, el Golfo y el Caribe configuran nuestro Mediterráneo, complejo espacio en el que los aluviones culturales europeos, africanos, indoamericanos y asiáticos tejieron inéditos y convulsos procesos identitarios. Crisol de cuatro continentes.<sup>5</sup>

Precisamente el tema identitario es uno de los ejes en torno a los cuales Flores Martos articula su discurso etnográfico, que detalla la fragmentación de los veracruzanos, siguiendo las claves señaladas por Derek Walcott, notable poeta antillano. Explica esta realidad contemporánea como resultado de “ecos de cultura y sociedades que en su momento dejaron su aporte poblacional y cultural [...] por algún tipo

<sup>5</sup> Roberto Fernández Retamar, “El Golfo y el Caribe a la mesa del mundo”, *La Palabra y el Hombre*, Universidad Veracruzana, Xalapa, abril-junio de 1992, núm. 82, pp. 5-19.

de migración o presencia [...] ecos de voces y culturas lejanas, no recordadas sino ‘inventadas’” (p. 774). De acuerdo con esta argumentación, Flores Martos observa que la cultura urbana de Veracruz se caracteriza por la precariedad y la fragmentación estética, “como si todo estuviera sostenido, provisionalmente, con elementos y trucos endebles que permiten a la vida social seguir funcionando [...]” Así, recurriendo a su propia experiencia identitaria, apunta con sentido comparativo:

En la ciudad donde nací y he vivido la mayor parte de mi vida, Madrid, la gente, al preguntársele de dónde es, se define con un solo término, un gentilicio: “madrileño”, en cambio en la ciudad y puerto de Veracruz no hay un consenso mínimo para que la gente formule una categoría única de autoidentificación: unos se consideran “porteños”, otros, “jarochos” y otros más “veracruzanos”, mostrando con tal diversidad no sólo preferencia por una u otra palabra, sino aversión manifiesta por alguna, o intercambiabilidad de las mismas dependiendo de la situación (p. 48).

Con razón Flores Martos considera que la pluralidad de apreciaciones y autodefiniciones identitarias muestra un dinámico proceso de reflexión, matiz y apropiación de las ópticas externas (“fuereñas”): la mirada del extranjero, del viajero y del turista, quienes se configuran, finalmente, como fuerzas motrices de identidad.

Conviene recordar, a propósito, el carácter ideológico de las identidades sociales, en tanto forman parte de mentalidades grupales históricamente determinadas, hecho que posibilita la emergencia de distintas formas de identificación en el ámbito de una misma clase social.

En *Portales de múcara*, la complejidad del imaginario colectivo, la heterogeneidad cultural y singularidad de Veracruz se aborda siguiendo el paradigma teórico que Antonio Benítez Rojo plantea en su obra *La Isla que se repite* (1989). De acuerdo con esta propuesta, ninguna línea de pensamiento (premoderna, moderna o posmoderna) puede categorizar por sí sola las complejas interacciones de una sociedad “caribeña”. Se sugiere entonces una reflexión analítica fundada en el tipo de pensamiento “acriollado” para la realización de estudios poscoloniales en tales sociedades. En esta perspectiva se cuestiona los códigos binarios y las síntesis apresuradas.

Es oportuno acotar que la visión “acriollada” está presente en los estudios caribeños muchos años antes de que la formulara Benítez Rojo. Así, Fernando Ortiz (antepasado mayor de la etnología cubana) desde la década de 1930 enfoca sus análisis en torno a la configuración nacional a partir de la noción de *criollismo* (referida a todos los componentes étnicos

de la isla) como elemento definitivo de la cubanidad. En esta dirección analítica destacan también las reflexiones de Alejo Carpentier en su ensayo “Cuando el negro se volvió criollo”, y el examen de José Lezama Lima respecto al nacimiento de la expresión criolla en la literatura, el arte y la cultura popular americana.<sup>6</sup>

En su aspiración “de globalidad a la hora de abordar esta ciudad”, Flores Martos opta por el criterio de *multiplicidad*, en detrimento quizás de la *profundidad*, decisión pertinente que sustenta en el pensamiento de Italo Calvino. Declara enseguida la influencia del “barroquismo

<sup>6</sup> Véase Fernando Ortiz, *Estudios Etnosociológicos*, Ciencias Sociales, La Habana, 1991, p. 29 y ss; Alejo Carpentier, *Conferencias*, Letras Cubanas, La Habana, 1987, p. 214 y ss; José Lezama Lima, *Confluencias*, Letras Cubanas, La Habana, 1988, p. 262. “La palabra ‘criollo’ —anota Carpentier— aparece por vez primera publicada en un texto geográfico de Juan López de Velasco, publicado en México en 1571-1574. En 1608, en un poema escrito en Cuba, Silvestre de Balboa califica de *criollo* a un esclavo negro.” Después de indicar que el Inca Garcilazo de la Vega la utilizó en 1617, señalando que “los españoles llamaban *criollos* a los nacidos en el Nuevo Mundo así sean de padres españoles o africanos”, Carpentier concluye: “[...] barruntándose el peligro que la palabra nueva entrañaba, la Corona de España trató de prohibir su uso en cualquier documento legal. Pero la palabra se siguió usando corrientemente para designar una raza de hombres surgida en América y que estaba colmando características propias, según las regiones y la proporción de ingredientes que hubieran intervenido en su formación”. Carpentier, *op. cit.*, p. 216.

veracruzano” en su prosa (por demás precisa y cuidadosa), y anota las contribuciones literarias que enriquecen su estudio, referidas a Wilson Harris, Fernando Pessoa, Derek Walcott, Luis Arturo Ramos, Jorge Luis Borges, Carlos Monsiváis, Octavio Paz, entre otros. Sin embargo, tiene que lamentarse la ausencia del escritor porteño Juan Vicente Melo, figura destacada de la narrativa mexicana a quien debemos una crónica acuciosa y crítica incluida en un formidable texto autobiográfico, donde retrata la cursilería presente en la sociedad veracruzana.<sup>7</sup>

Otro de los ejes analíticos fundamentales del estudio es el imaginario colectivo veracruzano que Flores Martos entiende a partir de la noción de “neopaganismo portuario”, conducido precisamente por las reflexiones de Fernando Pessoa. Advierte, con razón, que las obras de este autor “destilan el imaginario y la cultura portuarios —la cultura metropolitana portuguesa del primer tercio de siglo— signada por la experiencia del viaje, del colonialismo y de su apertura al mundo”. En efecto, para este notable poeta lusitano la figura del neopagano representa el nuevo paradigma de la época que le tocó vivir,

<sup>7</sup> Juan Vicente Melo, *Juan Vicente Melo*, pról. de Enmanuel Carballo, Empresas Editoriales de México, México, 1966.

influenciado por el esoterismo y el eclecticismo religioso. Sustentado en esta plataforma conceptual, nuestro autor hace una excelente descripción de las expresiones del catolicismo popular, los agentes y rituales de los templos espiritistas y “las referencias simbólicas cruzadas y contaminadas”, que —considerando su protagonismo— engloba “bajo el término híbrido de ‘neopaganismo portuario’”. Estas manifestaciones no son consideradas sincréticas, sino yuxtapuestas, es decir, “una confusión organizada de los términos”. De acuerdo con este orden de ideas, Flores Martos concede a Veracruz “el mismo estatus de ‘modernidad’ y ‘occidentalidad’ que a otros puertos del Mediterráneo y de las Antillas”.

No hay duda que, a partir de un tramado conceptual, la pesquisa de Flores Martos concerta solidez reflexiva e imaginación antropológica al lado de la tensión creadora que caracteriza al ensayo. A propósito, es útil recordar aquí lo que expresara en otro lugar al referirme al puerto que motivó el estudio reseñado:

Veracruz desborda las definiciones efectistas. Es repelente a los acercamientos epidérmicos. Contradice las observaciones apresuradas que no tocan el fondo de su complejidad histórica y de su dilatada configuración social y cultural semejante a un calidoscopio en movimiento. Al contrario,

Veracruz se abre al abordaje intelectual sustentado en la emoción inteligente y la razón apasionada.<sup>8</sup>

Con esa emoción y con tal razón, Flores Martos escribió las más de 800 páginas de su ensayo etnográfico sobre la sociedad veracruzana que, en efecto, “posee particulares características análogas” a la piedra-coral llamada múcara: “es frágil, liviana y muy porosa, pero al mismo tiempo unida a otros fragmentos de múcara, sirve de sólida argamasa y basamento para construcciones locales”. Esta sugerente observación de Flores Martos amplía el radio analítico que Antonio García de León propone para caracterizar la cultura popular de Veracruz.

Es evidente que la notable tarea etnográfica realizada por Flores Martos es resultado de su contextura intelectual (que trasciende el marco disciplinario) y de su indiscutible habilidad en el trabajo de campo, que implicó múltiples entrevistas y la observación participante, superando los riesgos del mimetismo, como bien lo anota José Velasco Toro en el prefacio del libro. Se explica así su capacidad manifiesta para asomarse a la “cultura íntima” de personas y grupos pertenecientes a diversas clases sociales, descubriendo la razón de ser de

<sup>8</sup> Félix Báez Jorge, “Veracruz. Primer puerto del Continente”, reseña a Antuñano Maurer *et al.*, *op. cit.*, en *Sotavento*, núm. 8, verano, pp. 167-173.

múltiples fachadas y dramatizaciones simbólicas: del rejuego de “la calle” a la dialéctica de lo abierto-cerrado que se expresa en la fantasía del “amurallamiento”-“desmurallamiento”, saga del imaginario que alcanza su clímax durante el carnaval, que clausura las rachas huracanadas del imprescindible “norte”. Tejido aglutinante “de lo heteróclito”, “suerte de microcosmos-metonomía social”, que tiene en la zona de Los Portales un “lugar privilegiado para la carnavalización de figuras y escenas singulares [...]” (p. 746), festivo paisaje humano del travestismo, la prostitución y la embriaguez, animado por “disonancias, polirritmia y ritmos cruzados [...]” (p. 738), en las certeras palabras del autor.

Acaso uno de los capítulos más logrados del libro sea el dedicado a las calles de Veracruz que, en última instancia, refieren a “ciertas prácticas sociales en espacios públicos abiertos, pero también [a] una retórica de la apertura en Veracruz —aplicada a [...] locales de entretenimiento, a la gente, a la ropa y la etiqueta en el vestir [...]” (p. 86), clave para entender el modo de “ser jarocho”, cuya representación autoidentitaria incorpora (“como atributos sinónimos y consensuados”) la alegría, el bullicio, la “pachanga”, es decir, un “carácter festivo paradigmático” proyectado hacia la sociedad nacional. En efecto, “el término ‘alegría’ es uno de los emblemas del carnaval de Veracruz, y está inscrito en

los títulos de la pareja real que ‘lo gobierna’: la reina de la alegría y el rey de la alegría al que popularmente se llama ‘rey feo’”. Estos títulos fueron impuestos en 1926 por “grupos de comerciantes y españoles” frente a los intentos de la oligarquía terrateniente que proponía la “simpatía” como calificativo idóneo para los reyes del carnaval, de acuerdo con la apreciación de nuestro autor.

Hay plena certidumbre en la explicación que Flores Martos realiza del imaginario colectivo porteño utilizando como metáfora la *fuga*, una cualidad de la música barroca. Así, “atravesado por un movimiento en fuga, de lo extranjero y lo exótico”, este contexto ideacional se expresaría

especialmente en la tensión entre el amurallamiento (exclusión) *vs.* desmurallamiento (absorción-contaminación), una variante de la dinámica cultural identificada en el puerto, apoyada en la “canibalización” y apertura ante lo ajeno, y por otro lado, en la cerrazón instintiva y estricta parcelación de lo propio en su vida social (pp. 769-770).

Estimo que la hondura analítica de esta reflexión crecería en alcance comprensivo si el autor la hubiese articulado (además de referir a William Penny) a la observación que Francisco del Paso y Troncoso formuló en su ensayo *La Ciudad de Tablas* (apoyado en el plano de la antigua ciudad que data del siglo XVII). En este texto revelador el notable historiador vera-

cruzano refiere que lo “que pomposamente llamábamos muralla” (derribada en 1880) era apenas ¡una simple tapia! Anota, además, que el Veracruz colonial fue “una población abierta por todos lados y sin asomo de fortificación, explicándose de tal modo cómo, por incuria del gobierno colonial que allí acumulaba inmensas riquezas para la llegada de las flotas, pudo el audaz Lorencillo, con su codiciosa falange, hacerse dueño fácilmente de una ciudad sin defensa”.<sup>9</sup>

No hay duda, Veracruz es una en-crucijada de fantasías (como la “muralla”), delirios, transacciones comerciales, estrategias políticas, yuxtaposiciones identitarias y culturales que espera un detenido examen en la perspectiva del estudio de las mentali-

dades. Su imaginario colectivo semeja apretada trama de ideas y emociones. Síntesis simbólica de la razón y los sentidos. Así nos lo revela *Portales de múcara...*, obra de una enorme riqueza heurística. Nutrida trama de hechos y conceptos, deviene lectura imprescindible para entender una compleja sociedad urbana en tanto motiva interrogantes, amplía y renueva conocimientos, permite trazos analíticos hacia temáticas inéditas en torno a un universo social que pareciera infinito.

*Félix Báez-Jorge*  
Instituto de Investigaciones  
Histórico-Sociales,  
Universidad Veracruzana

<sup>9</sup> Paso y Troncoso, *op. cit.*, pp. 14-15, 37.